

NUMEN

Semanario de Arte, Sociología, Actualidades y Comercio

Es Propiedad

20 cts.

DIRECTORES:

Juan Egaña y Santiago Labarca

Toda correspondencia debe ser dirigida a Casilla 7039. — SANTIAGO

EDICION DE 12 PAGINAS

20 cts.

AÑO 1

SANTIAGO DE CHILE, AGOSTO 9 DE 1919

NUM. 17

Del Dicho al hecho ...



Los Poderes Públicos se desviven por la suerte del pueblo chileno...

Arte y Estudios

"EL ALBA"

(Fragmento de la obra "Juan Cristóbal")

...Huyen las sombras y el sol va penetrando en el bosque. Cristóbal empieza a saber dirigir sus pasos en medio del dédalo del día.

Por la mañana, mientras sus padres duermen, tendido boca arriba en su camita, contempla las rayas luminosas que bailan en el techo. Es un entretenimiento interminable. Llega un momento en que rie a carcajadas con esa risa de niño que dilata el corazón de los que le oyen. Su madre se inclina hacia él desde la cama y dice: «¿Qué te sucede loquillo?». Entonces rie con más fuerza y hasta talvez lo hace de propósito porque ya tiene un público que le oye. Mamá adopta un ademán severo y se pone un dedo en la boca, invitándolo a callar para que no despierte al padre; pero sus ojos fatigados rien a pesar suyo, y uno y otra cuchichean juntos. De pronto se oye un furioso gruñido del padre que les hace sobresaltarse. La mamá vuelve precipitadamente la espalda, como una niña que ha cometido una falta, y hace como que duerme. Cristóbal se acurruca en su cuna y contiene el aliento.... Reina un silencio de muerte.

Al cabo de un rato vuelve a salir a la superficie la carita oculta entre las sábanas. Rechina en el tejado la veleta, gotean las canales y suena el toque del alba. Cuando sopla el viento del este, responden a dicho toque, allá muy lejos, las campanas de las aldeas, al otro lado del río. Los gorriones, reunidos en bandadas en la pared revestida de yedra, hacen un ruido infernal, en medio del cual se destacan, cual sucede en los juegos de un tropel de niños, tres o cuatro voces, siempre las mismas, y más chillonas que las demás. En lo alto de una chimenea arrulla una paloma. El niño se siente mecido por estos rumores. Canta en voz baja, luego en voz alta, y al fin a voz en cuello, hasta que grita de nuevo la voz irritada del padre: «¡Acabarás de callarte, asno! Te voy a tirar de las orejas!». Entonces vuelve a ocultarse entre las sábanas y no sabe si ha de reír o llorar. Está asustado y humillado. Y al mismo tiempo, le hace desternillarse de risa su comparación con el asno. En el fondo de su cama, procura imitar el rebuzno. Entonces le azota su padre, y el pobre, llora a lágrima viva. ¿Qué es lo que ha hecho? ¿Tiene tantas ganas de reír y de moverse! ¿Por qué le han de pro-

hibir que se mueva? ¿Qué hacen ellos para estar siempre durmiendo? ¿Cuándo podrá levantarse?

Un día no puede resistir la tentación. Ha oído en la calle un gato, un perro o algo que excita su curiosidad. Deslizase fuera de la cama y con inseguros pasos va descalzo a bajar la escalera para ver. Pero la puerta está cerrada. Para abrir, se sube en una silla; pero se viene abajo y el niño se hace daño y grita; para colmo de desdicha le azotan de nuevo. Es el pan nuestro de cada día...

Se halja en casa, sentado en el suelo, con los pies entre las manos. Acaba de decidir que el feludo es un barco y el piso de la habitación es un río. Creería ahogarse si saliese del feludo. Se halla sorprendido y algo contrariado de que los otros no hagan caso de él al pasar por la habitación. Detiene a su madre tirándole de la falda, y le dice: «¡Ya ves que esto es igual! ¡Hay que pasar por el puente! El puente es una hilera de ladrillo rojos—Su madre pasa sin hacerle caso. Siéntese molesto como un autor dramático que ve al público hablar mientras representan su pieza.

Al cabo de un rato, ya no piensa en aquello. El pavimento ha dejado de ser el mar. Cristóbal se halla tendido cuando largo es, con la barba apoyada en el suelo, canturreando músicas de su composición y chupándose el dedo con la mayor gravedad. Se halla sumido en la contemplación de una hendidura que hay entre las baldosas. Las líneas de los losanges parece que hacen muecas como si fuesen rostros. Las hendiduras imperceptible se va ensanchando hasta convertirse en un valle rodeado de montañas. En esto ve moverse un cienpies y le parece un elefante. Podría caer un rayo sin que el niño lo echara de ver.

Nadie piensa en él, ni él tiene necesidad de nadie. Hasta puede pasarse sin los barcos y sin las cavernas del embalsado, con su fauna fantástica. Le basta su cuerpo. ¡Que manantial de distracciones! Se pasa las horas muertas mirándose las uñas y riendo a carcajadas. Todas tienen fisonomías distintas, y se parecen a personas que él conoce. Las hace hablar entre sí y bailar o pelearse. ¡Pues y el resto del cuerpo!... Continúa pasando revista a todo lo que le

pertenece. ¡Qué de cosas maravillosas! Hay algunas muy extrañas, y que le causan la mayor admiración.

A veces, al verse sorprendido, llevó algunos coscorrones.

ROMAIN ROLLAND.

El pintor Andrés Madariaga

La noticia fué un latigazo a nuestras más caras afecciones, aún adoloridas por el desaparecimiento de otros dos grandes espíritus, de otros dos nobles hermanos con quienes convivimos, también, muchos días de emociones y de bohemia.

¡Pobre Madariaga! En el Depósito del Hospital, botado sobre un mármol sucio, entre dos o

niño bueno y socarrón, con su ingenio vivo y sanamente irónico, como la síntesis de todo lo que de anecdotico ha tenido nuestro pasado inmediato, ha de vivir forzosamente con nosotros, —mientras seamos sinceros— como la esencia de nuestras evocaciones más queridas, como un hermano ausente sencillamente irremplazable.

Paisajes de la Patagonia.

Arbol muerto

*En el medio del llano
un árbol seco su blasfemia alarga,
un árbol blanco, rote,
y mordido de llagas,
en las que el viento, vuelto
mi desesperación, aulla y pasa.*

*De su bosque, que ardía, sólo dejaron,
de escarnio, su fantasma,
Una llama alcanzó hasta su costado
y lo lamio, como el amor mi alma:
y sube de la llaga un purpurino
musgo, como una estrofa ensangrentada.*

*Los que amó, y que apretaron
a su torno, en Setiembre, una gunarida,
cayeron. Sus raíces
los buscan, torturadas,
tanteando por el césped
con una angustia humana.*

*Le dan los plenitunos en el llano
sus más mortales platos,
y alargan tristemente
por que sepa, su sombra desolada,
y él le da al pasajero
su atroz blasfemia y su visión amarga.*

GABRIELA MISTRAL

tres miserables anónimos, le hallamos, cuando la muerte brusca recién le llevó allí, con los párpados abiertos todavía. Por que tan urgente fué la Intrusa, que ni siquiera quiso aguardar aquellas manos amigas que junto al lecho hubieran velado, con húmeda ternura, sus pupilas angustiosamente fijas...

De allí, sus amigos, en un atardecer infinitamente triste, fueron a devolvérselo a la tierra. Y mientras caminábamos, los largos recuerdos nos iban sumiendo en aquella impotencia febril que nos abruma ante las cosas escritas. Madariaga, envuelto en su bohemia, con su carácter de

Su obra artística no fué trascendental, pero fué sincera y querida, sobre todo por los que cariñosamente conservamos, prendido en nuestros muros, algún retazo de su personalidad alta y emotiva, reflejada en sus bellos apuntes de cordillera, en sus manchas crepusculares, tan sencillas, pero tan empapadas de su serenidad ingenua y dablemente hermosas.

Enamorado de su arte, fué quizá su obrero más inteligente y laborioso, puesto que, eterno exponente, su entusiasmo no decayó ja más, ni siquiera bajo las arbitrariedades de los jurados escandalosos que, mediante

dudosas recomendaciones, cual-gan medallas a fracasados o se conduelen ante las señoritas bien nacidas que les mendigan, lagrimeando, la inmerecida pilla-trafa.

Madarriaga, deponiendo noblemente su amor propio en favor del Arte, consiguió al fin, justicia para sus méritos. Y fué así que, en el último salón oficial, los olímpicos jurados le otorgan una medalla, que bastó para devolver la confianza en su espíritu bondadoso, en aquel sano espíritu donde nunca se aposentó el reproche acerbo ni la crítica mordaz.

¡Y curiosa anomalía! A aquel hombre que tuvo tantos y tan buenos amigos, después la muerte

poseerle abandonado de todos; y para ello hubo de fulminarle con su más solapada brusquedad. Por eso los que, sabedores de que en la vispera no más se le había llevado al Hospital, fueron a verle, le hallaron así: boca arriba, botado sobre la mesa de cadáveres, ¡y qué cuadro, Dios mío! ¡Qué frío en el alma de los que creemos honradamente en la finalidad total y suprema de los pudridores! Allí se queda con algo de nosotros mismos; y es posible, sin embargo, que los seres amigos no vuelvan a pisotear cerca de su tumba hasta el día en que la misma compar-sa acompañe a alguno de nosotros...

J. E.

LOS INTRUSOS:

II

JOAQUÍN DIAZ GARCÉS

Lamentable engendro de nuestro ambiente *aristo-cursi-crédico-intelectual*, es Joaquín Díaz uno de los prototipos más autorizados del arribismo literario.

Su mayor mérito ha consistido en haber sabido colocado su inteligencia y sus mediocreos cualidades artísticas al servicio de los potentados.

Es, en Chile, el sobresaliente Decano de los vasallos de Edwards y Co. Para la mejor conquista de tan *expectable* situación, la madre naturaleza le prodigó una espina dorsal de elasticidad privilegiada, que le ha valido sus más ruidosos triunfos. Entre otros,—para analizarlos someramente—recordaremos con fruición algunos de sus últimos nombramientos, a saber: de Director de la Escuela de Bellas Artes; de Académico Chileno y de Director de «Zig-Zag».

Al primero, ascendió mediante influencias político-sociales. No se crea, por ésto, que Díaz Garcés sea aristócrata de cuna. Hé dicho, precisamente, que allí está su mayor mérito: que, siendo de oscuro linaje, haya sabido, con su *arte* inimitable (?) llegar a la cúspide de la sociabilidad, co-dearse con los elegantes *clubsmen* y estrechar confianzadamente las ensortijadas garras de los magnates del oligarquismo.

Fué así que, desdenosamente, con su gesto perdonar y altivo, de perfecto *snob*, supo, desde su olímpico estado de *dómine* artístico, captarse la más perfecta y emocionada antipatía de los muchachos, sus subalternos; y con

un golpe de autoridad, muy *chic*, muy *neroniano*, en una tarde memorable, ahondó eficazmente la fosa en que, con odio gris, quedó amortajado para toda su vida ante los sentimientos de la muchachada.

¡Y qué le importaba aquello, cuando con ese gesto añanzaba su prestigio ante los colegas del Club de la Union, con quienes esa misma tarde comentaba, entre el champán y la algaraza, el ingenioso razono con que remató, en forma ruidosa, (porque *ruidosos* fueron: las insolencias del tiranuelo y los sables del escuadrón policial que lo libró del lynchamiento) las pretensiones absurdas de los infelices melendos!

Hemos dicho que Díaz Garcés es uno de nuestros «Académicos»... ¡Respectables chochees de la *Gran Academia Chilena!* Os felicitamos, porque en vuestro seno febe y fósil, un nuevo prestigio hará más risible vuestros seniles bamboleos: Joaquín Díaz ha ido a solicitar un sitio a vuestro lado. Os ofreció cartrujes para vuestras piernas débiles, y os puso la papilla blanda en vuestros paladares desdentados ¡I en habéis hecho, al pagarle cumplidamente sus dádivas humanitarias! Mientras tanto, ¡ya sabremos con júbilo que sobre los pergaminos de vuestros *octavas reales* se pasea una papilla más...

Y por último, la *Empresa magnánima* le obsequió un cetro en «Zig-Zag» ¡Digna apoteosis!

Magnífico receptáculo de sus patosidades literarias, «Zig-Zag», el calamitoso hebdomedario (esa pirlafra plomisa de los merodeadores del Arte) irá al abismo moral con su cetrina bandera al tope. Realmente, la personalidad de su nuevo director le encuadra como un símbolo torvo.

Su primera hazaña, allí, fué desplazar al Secretario de Redacción, el poeta Daniel de la Vega, que desde mucho tiempo atrás servía el cargo, constituyendo la única personalidad estimable de aquel cenáculo judaico. No importaba que aquel puesto significara el pan al pobre poeta; la cuestión era quitar de en medio un gran prestigio que le haría sombra. También a la muchachada intelectual que, al fin y al cabo canjeaba—aunque lastimosamente—un buen verso o prosa

por un mal billete, con que—siquiera—entretener la tarde, dió, el flamante director, con la puerta en las narices...

En adelante, pues, seguirá «Zig-Zag», mejor que nunca, sirviendo de entretenimiento a los *snobs* y a las románticas cursilonas de provincias. No habrá allí una nota simpática, ni una estrofa amable, ni un oasis breve para los que, semanalmente, quieren botar a la cloaca de la Empresa los cincuenta centavos que vale la revista. Requiescat in pace...

El aristócrata a ultranza, el sublime forjador de situaciones acomodaticias, ha visto enaltecida su hamana pequeñez; ha coronado con brillo su triste misión de burgués impenitente. ¡Que le haga buen provecho!

JUAN CRISTOBAL.

UNA FLOR

*Yo no he plantado un árbol. Yo no he dejado un hijo.
Sólo he sembrado trozos rotos del corazón;
y me escurtan dos ojos enigmáticos, fijos
que doblan mis rodillas y quebrantan mi voz.*

*Sólo he sembrado trozos de mi pobre cerebro;
sólo han sido semillas de dolor, de emoción
y así me iré, temblando como tantos enfermos
que no dejaron nada...ni una flor...ni una flor...*

R. MEZA FUENTES.

Casa Francesa

ESPECIALIDAD EN ROPA

Confecionada para Caballeros, Jóvenes y Niños

Grandes departamentos con todos los artículos necesarios para hombres:

Gamisería, Sombrerería, Calzado,
Guantes, Bastones, Maletería
Perfumería, Etc.